

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 59
Cuba: Cien Años de Alejo Carpentier

Article 23

2004

Variedades de Galiano

Reina María Rodríguez

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Rodríguez, Reina María (Primavera-Otoño 2004) "Variedades de Galiano," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 59, Article 23.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss59/23>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

REINA MARÍA RODRÍGUEZ

VARIEDADES DE GALIANO

A Elso, mi padre

“... Aquí, pues, hay tres mundos: la noche, el día y la noche dentro del día. Las aspiraciones y pasiones de los muertos actúan libremente entre nosotros con su malignidad y su poder. He aquí un mundo de tumbas abiertas. Un mundo que sobrepasa nuestra imaginación. No tenemos nombres, formas, luces ni colores que ejecuten estos poderes, pero son convincentes como los vivos...”

John Cheever

¿Infotur?

Llueve y estoy sentada frente al parque Fe, en San Rafael. En el parque, un montón de viejos decrepitos (o que van hacia la decrepitud) esperan su turno para comer en el antiguo Ten Cents, ahora “Variedades de Galiano”.

Llovizna, pero ellos siguen sobre los listones podridos de unos bancos de pinotea, esperando. Unas punzadas bajas en sus vientres es el paisaje interior (el diseño) que los hace permanecer a la intemperie, contra la lluvia y hasta contra mí, que los contemplo parapetada desde mi mesa enfrente, con la única y miserable diferencia de tomar – mientras los contemplo –, un café un “usd” o un jugo Tripical Island. Los miro, primero me duelen, después, ya no... Soy también como ellos, sólo que formo – por ahora, por el momento – el lado interior de una escala de locura que me hace mirar, como a través de un vidrio (una vitrina, una pecera) a los sujetos que esperan, aquellos pobres viejos del parque Fe.

No por eso dejo de estar también dentro del espectáculo. Sólo que la línea divisoria la ha creado un billete con próceres ajenos que a veces, poseo. A veces (esto con cierta relatividad también), los viejos desamparados y más locos del conjunto se aventuran a pegarse al cristal. Veo las deformaciones de sus rostros, las chatas narices contra el vidrio, las arrugas que da la miseria (esos pliegues donde se acumula el polvo y la baba hacia el extremo de unos ojos sobresaltados por el hambre). Entonces, bajo la vista hacia “La historia de los animales”, del sudafricano J.M. Coetzee y me siento otro animal encerrado en la jaula de vidrio del café, un centro de experimentación de alta tecnología. Cuando miro del otro lado de la pecera o vidrio o pantalla hacia fuera (lo que podríamos suponer que aún pertenece al afuera, a los arrabales) descubro a un semejante, más avanzado en edad (seguramente de una edad siempre indeterminada) que hace gestos sonoros y, a la vez, mudos. Entonces, escribo.

La poesía está contenida en el estallido que no ocurre en ese límite. Si el vidrio se rompiera y el otro se me abalanzara para entrar, entonces, no habría equilibrio entre los muchos otros, y yo. Y la poesía (esa fisura) sería innecesaria. Si me contentara con darle una moneda, si no tuviera si quiera en esta mañana de junio, con lluvia fina y cielo calamitoso, un poco de cinismo para soportarlo, no existiría el texto. El texto roba esas arrugas a la desesperación; me permite un intervalo de tiempo entre el anciano decrepito que me mira (baja sus pantalones a plena luz y me enseña “sus partes”). Sé que no las quiero mirar, me asustan, pero las miro. Y vuelvo al texto. La agresión fue más fuerte esta vez que cualquier palabra que quisiera acomodar dentro de él. Siempre ese pugilato pasa por dentro del cristal, por las porciones de vidrio que nunca se funden, por las partículas que se frotan y entran aunque no queramos y permanecer quieta, inmóvil, indiferente o sin desatar, tampoco es fácil.

A lo lejos, en el parque, donde han caído muchas carolinas como consecuencia de la lluvia, otros viejos desdentados se ríen de la hazaña del que se me presentó con los órganos sexuales ya deformes apretujados contra el vidrio. No voy a llamar al policía, tiemblo. Pienso que el sujeto podría romper la delgada pared artificial que aún nos separa y me quedo quieta,

imperturbable, tan aparentemente inmóvil como la palabra que imploro y no llega (esta palabra tiene que ver o no tiene nada que ver con él ni con el acto que acabo de presenciar) pero, pensar que puede llegar esa palabra me alivia, me saca de allí, me auxilia un poco contra su agresión.

El poema neutraliza (y cataliza) un sentimiento, una comunicación, un grito. Mediatiza, al prestarme por un instante esa jerarquía de observador que me da la impotencia necesaria para no participar (aunque comprenda de inmediato de qué se trata), me da un filón de tiempo, un compás de espera. Comprendo en silencio, me asusto, ruborizo y consumo el espectáculo donde también soy parte (espectador-actor), pero el sujeto se aleja y el texto queda debajo de mi mano. El texto y el sujeto intimidados ambos por una postura que los enfrenta sobreviven cada cual a su manera. No acaricio los órganos corrugados (como las carolinas al ser aplastadas contra el pavimento), sólo acaricio unas palabras que aflojaron mi pena (con la movilidad de un pisa costuras de metal, afirmando la inestabilidad de un tejido que se corre y supura luego) liberando mi tensión, porque he preferido la jaula de vidrio del texto, imperativa, sobre la mesa. También él (el texto) es un mapa del manicomio del parque, una tela que se zafa. Una tela llena de remiendos. Uso un palo prestado, “por si acaso”, como dicen aquí (una rama partida) para arrancar la lírica flor de la carolina pisoteada hacia el borde para defenderme si llegara el caso. Palanca o lápiz que me aleja las cosas (los sujetos), los arranca de cuajo y no me deja morir por inanición.

El texto surge de un dolor seco (cuando ya no es hambre, ni dolor, ni arrebato); cuando la mirada que opongo como resistencia se ha curtido de verlo aparecer, insignificante. Como esas yagas (ahora tan sólo débiles líneas) han quedado entre los dedos de mi madre de tanto cortar el hilo contra sus dientes. Y esos viejos sólo pertenecen a mi entorno, porque el texto me permite quedarme incólume, nueva, reconstruida y fresqucita, preparada para otro acto de horror.

Tampoco diría que el horror está afuera. Si invirtiéramos la perspectiva, el horror estaría siempre adentro, sólo que, como su amenaza es perenne, aflora cuando los elementos o subterfugios del engaño también afloran. El poema no es, no puede ser un subterfugio más. Es sólo, un neutralizador químico por excelencia, una trampa.

Hay un charco hecho por la lluvia donde entro y me mojo los pies que van (como en el sueño de ayer), hasta el extraño cementerio donde vi tantas tumbas hacia el fondo del parque Fe. El poema, al participar de la propia enfermedad y muerte, aflora y se expande por las rutinas, murumacas y “abusos de confianza” que neutralizan aquello que lo saca a flote y lo provoca a cada rato: la realidad.

Diotima

(segundo texto para ella)

Por más que pase todos los días y mire; por más que se lleven los desechos, crecen y vuelven a llenar el terreno, la esquina de San Miguel donde está enterrada Diotima. (El policía de esta esquina me lo permitió aquella tarde, aún no sé por qué). Ya estaba hinchada y había reventado la vieja funda blanca donde M y T la colocaron la noche anterior, al precipitarse al centro de la calle por culpa de una cabilla suelta en el alero del edificio. Sé que “el alma” de Diotima no está bajo ese basurero que le crece encima. Preciso de un árbol, de una mata con flores violáceas, de algo que indique, que se sepa bien, que ella está allí, refugiada en el corazón de Galiano, pero eso a nadie le importa. Pasan y dejan la basura. No tengo sosiego. Encuentro una pala, un improvisado enterrador y logro esconderla, pero aflora, vuelve a la superficie. Me aterran esas miradas que tratan de desenterrar alguna provisión: un tesoro, una herencia, una vieja nostalgia, un aspa.

¿Qué puede esperarse del alma de un humano que no tiene tiempo más que para comer mal y ver cómo al día siguiente, comerá mal de nuevo? Echan basura pensando en que vendrá la abundancia proporcional a la cantidad acumulada de sus ilusiones y de sus desperdicios. ¿Qué puede importar el cuerpo abultado de Diotima como una piedra más, un obstáculo?

Diotima, en los últimos tiempos de nuestra convivencia, me miraba. Tengo el color azul pálido y rojizo hacia el fondo, de sus ojos bizcos clavados en alguna parte. Si existe un alma universal que no distingue entre seres ni escombros, allí estará ella, porque, lo que me queda a mí de tiempo sin su presencia, se acorta velozmente entre un montón y otro de necesidades. Diotima es mi amiga por encima de la vida y de la muerte.

Le gustaba que le limpiara los ojos cuando despertábamos juntas, después, ella hacía su trajín de gato y yo, mi trajín de persona. Sólo el tiempo de esos trajines superficiales indicaban una diferencia mínima y nos separaba. Hoy es el tiempo del texto donde nos juntamos, más allá de los lugares y preferencias que ocuparemos, aquí o allá. El texto viene porque ella está enterrada en un basurero y no tiene un árbol a su alrededor que le de sombra o confianza, pero, aunque buscara o hallara mejor sitio, tampoco lo encontraría. La ciudad se ha llenado de desperdicios que esconden un alma cualquiera, una carne blanca y prieta convirtiéndose en palabras (ya que no pueden convertirse en otra cosa) al ser molida junto con otras demoliciones. El texto ha juntado las cosas nuevamente, sin jerarquizar: la esquina con nombre de santo hace (y es) un cuchillo sobre la oscura calle por donde avanzo. Esa esquina, unos andamios, el edificio que terminará por caer sobre un gato son huecos negros (perforaciones), letras que faltan en los letreros, en la página; letras perdidas también como la luz, como la infancia. Si completo frases para un alma en demolición ¿existirá la palabra que

siempre he querido, justa, exacta, por la que pedía, por la que supliqué: la cruz, el árbol, la confirmación de que Diotima estará en lugar seguro (el sitio, la cultura, una referencia) donde la hierba crecerá alguna vez?

Alfiles

Mi padre murió sin alcanzar el título de “Campeón nacional de ajedrez”. La fama no quiso acompañarlo hasta el final y murió diez y ocho días después de haber cumplido los cincuenta años. Ahora, puedo comprender – próxima al arribo de esa edad la semana próxima – lo joven que él era. (Yo estaba acabando de cumplir catorce y mi hija cumplirá ahora, los trece). Mi padre estaba en el cenit de su carrera de ajedrecista, cuando (un coágulo) le hizo la trastada.

A una semana de mis cincuenta julios, lo recuerdo. Era un hombre atlético y vital, un jugador y amante empedernido. De él aprendí el gusto por las piedras, los colores, el mar, la altanería (pero en alguna trama, seguro, perdimos resistencia) y hacemos tablas ahora en la partida. No fue en el vicio ni en el amor (esa trampa de los sentidos quizás, mortal) aún no sé de qué carácter fue el error.

Después del vacío de su muerte y de la culpa que me persiguió por haberle dicho “egoísta” aquella mañana del primero de agosto en que lo vi, por última vez, a la distancia de los extremos de un pasillo alargado. Después de soportar muchas facetas jerarquizadas de esa culpa (que no es más que otra justificación o muletilla fácil para soportar ser “la víctima” de esa mandrágora que consume también, al padre) comprendo que sólo ha pasado un instante, un intervalo corto, entre su fin a los cincuenta años acabados de cumplir y mi proximidad a esa fecha que ya no es posible doblar como esta esquina del parque. Después, vino el olvido de mi padre.

Si el aferramiento (con todos los recovecos dolorosos, torturantes, de que somos capaces); si las sustituciones hechas poco a poco, no son más que aberraciones donde encontrar un eje o sostén para acampar (y, en cuántos hombres o textos quise yo acampar, ver a mi padre, su perfil moreno, la caída muñeco bisquí de sus pestañas) entonces, vino después el olvido. Lo arrinconamos para ser famosos por un rato, para distraernos contra las pérdidas.

No sé quién tiene hoy sus libros de ajedrez que por años permanecieron encerrados en un closet, sus pinturas de santos, algunas cartas (sólo conservo una foto en un bote de remos que se llamaba “El irresistible” donde él descubre un torso triunfal contra las olas). He hablado de su mejilla prieta, de un lunar abultado, de su colonia gris impregnada en las camisas McGregor; he hablado también de sus amantes, de las que ahora llevan el nombre de las protagonistas de mis

bocetos de novelas. Pero todo esto que marca una defensa (una insuficiencia, en la página) demuestra, que mi padre me enseñó lo que es vivir en el abandono de un padre. Mi padre, sin querer (sin proponérselo), y sin la menor culpa por supuesto (voz de trueno que hacía retumbar los cristales del aparador) me enseñó con aquel grito de despedida, ese límite (un abismo) que se llena con palabras abstractas, luego. Esa posición privilegiada que está entre el tener o no tener un padre. Y en ese abismo (un cuenco) como también podría llamarlo, he colocado a todos mis amantes, textos, desprendimientos – boronillas, ripios, pacotilla, cachivaches –, que juntos no logran alcanzar lo que perdí: el amor de mi padre.

La soledad que quedó después (porque la soledad antes de ser una palabra abstracta es un doblez en la página) susto o promesa de que no volverá la palabra “egoísta” que se desprende sin querer de la boca de la niña y se convierte en eco, de manera que uno no quiere saber más de su contenido ni articular su vulgar sonoridad, y quisiera quitarla del resto de las palabras mortales, porque nos deja un hueco en el estómago, una tripa pegada contra otra (un tajo) esa inmoralidad de hambre que se siente más tarde cuando la comprendemos en toda su resonancia maligna y es sólo una página que aún no está hecha o marcada ni por su envés, ni por ninguna parte, esperándonos para disculparnos un poco.

No he podido colocar la fama de mi padre en un lugar de mi propia trayectoria. No he podido colocar en los terrenos por los que él me aventuró (la piedra marfil con hocico de oso que encontramos en un cementerio de agua en Santa Fe aquella tarde), porque nunca he vuelto allí, o porque él nunca ha regresado. Porque no convencida de su muerte prematura lo incluí en mi propio escenario robándome el suyo, más bien, ocultándolo. Porque no he tenido la fama (que es el coraje suficiente) para reivindicar su propia imagen sin apropiármelo, más que como repertorio cotidiano de quejas y de incapacidades.

Sólo una vez, pasando transversal a la esquina de “El encanto” (la famosa tienda de Galiano y San Rafael convertida en parque después de un incendio que la consumió en segundos); cruzando en diagonal locetas perforadas por tantas pisadas, la estafa de estanque, los árboles arrancados por cualquier viento sur aciclonado, vi su doble sentado en un banco (el otro pedazo de padre que me quedó), pero cuando retrocedí para buscarlo, ya no era él. Sólo un día, en un sueño, me llamó por teléfono y oí su voz diciéndome la misma palabra con la que nos despedimos: “... egoísta”. Lo cierto es que nunca hice nada por reivindicar a mi padre y pretendí reconstruirlo, tragándomelo.

¡Pobre de mí! Por eso, él se ríe ahora con sus amantes muertas (“Ricitos de oro”, las llamaba) con su colonia gris, con sus camisas de seda, cuando pongo una copa con un Marpacífico sobre el armario (por allí entrará cuando pase la fumigación, pienso) y vigilo si la lagartija que se esconde

también y me engaña, habrá sobrevivido después de estos inventos de humareda y salvación para seres que pretenden tener dobles, fantasmas.

Quizás mi padre volverá por el reflejo del agua en la cubeta plástica puesta para las goteras del techo, o se esconderá en la borra del café mezclado o, entrará por otros “andamios del querer” (mala metáfora) salvando esa distancia que nos ha tomado treinta y siete años, miles de sílabas, de incomprensión, broncas y sustituciones imposibles para algún campeonato de simultáneas jamás realizado (con estilo o sin él) y donde no habrá tampoco vencedores.

Nariz y mejilla prietas. Papelitos sobrantes de los regalos vacíos de mis cumpleaños guardados en cajitas chinas con formas nostálgicas de pirámide con palacios pintados a mano que nunca visité. Lazo de tafetán rajándose ante mis ojos dentro de una gaveta de la cómoda antigua. Etiquetas pegajosas en sus camisas (aún con la marca invisible de los besos con “pintalabios” que otras le daban). No son más que malas metáforas de un padre, ridículos envoltorios para sobrevivirlo. Pero me quedó una cosa importante, la mejor cosa que me enseñó a ser impresionista desde entonces: esta esquina llamada también “La esquina del pecado” desde donde lo contemplo todavía en un rostro equivocado.

La tienda ha desaparecido con sus vidrieras, sus frágiles muñecas italianas y departamentos para encargos donde se vendían ilusiones, artículos, curiosidades y hasta aquellas medias “Casino” que compré para que se las pusiera en el baile de mis quince años (las que nunca se pudo poner). Pero, aunque me vaya o me distraiga, dé la vuelta en la chiva que hace con su carretón ordinario y otro animal más joven el mismo recorrido por el escenario del parque, sigo sentada para sostener todo aquello que fue mi infancia. Los restos de unos edificios art decó (paredes manoseadas) por el lujo de pensar que al quedarme y mirarlo, su fondo cuarteado caerá también sobre la página si regreso y ya no está.

Al pasar frente a otro derrumbe (un edificio que se limpió de basura recientemente) recuerdo los bares ya cerrados y repletos de escombros de la playa de Santa Fe a donde él me llevaba. Aquellos escombros (latas vacías, piedras de mar pulidas, restos de algas ocreas y trusas a rayas) con olor salobre al pasar, me llaman la atención por los colores avivados en mi mente, vidrios rotos que ya no harán daño a nadie porque el mar los ha desactivado de su ambición de cortar. Pienso en el texto. Él existe cuando ha perdido como esos vidrios, la ambición de lograr una agresión real. Existen estos escombros frente a mí, y aquellos con olor salobre. Estos me son indiferentes (como si aún, no tuvieran fondo) mientras los del pasado, reaparecen. ¿Por qué unos textos sobreviven y otros, no?

Entonces, mi padre dijo: “... vengan siempre aquí cuando yo no esté...” y esa fue la última vez que visitamos Santa Fe. Para lograr retener algo, había que dar la contra orden.

¡Era tan feliz cuando tocaba aquel güallo plateado que sonaba como un caracol vacío y brillante!

¿Puedo rescatar aquel sonido al rallar con una piedra del derrumbe, el texto? ¿Por qué se fueron esas cosas que ahora vuelven con intermitencia? ¿Dónde se mantuvieron ocultas, y por qué se mantuvieron ajenas al trasteo? Así, como protuberancias o bultos que de pronto enfilan por una bocacalle (en la oscuridad) los poemas estaban allí, configurados y anteriores al acto. “Desdibujos de recuerdos” – diría –, fragmentos de botellas ambarinas; pedazos de metralas; restos de conversaciones (esas palabras que se desprenden de su panorama) y regresan con capital reciclado a un ajuste de cuentas al pasado.

Si reaparecen, son la barrera de coral que impulsa al movimiento subsiguiente... “He saltado sobre esta cordillera, aquellos arrecifes, el muro de cemento gris del parque, tengo que bucear o escalar lo más hondo de esa altura que se impone contra el tiempo” – nos dicen las estrellas.

Después, he nadado hacia los arrecifes prometidos confundiendo un tono verde petróleo que es el color de cierta zona de mi mente. Cuando pegaba en las libretas escolares una fotografía, esta tenía el color que buscaba, pero no me zambullí jamás en él. Busqué todas las fugas posibles para no restablecer ese color, su densidad de lugar prohibido en unos ojos. Marca de agua, dicen, inútil geografía de una costa perdida que me dejó mi padre. Por eso, saco piedras erradas de aquí y de allá. Trasteo ese fondo pegajoso entre otros paisajes, pero no me atrevo a entrar a ninguno. La prohibición es absoluta. “... Si los paisajes se vendieran – dice R.L. Stevenson en *Travels with a Donkey* – como los recortables de mi niñez, a un penique en blanco y negro y a dos peniques con color, estaría toda mi vida gastando dos peniques cada día...”

Por dos peniques cada día he recorrido otras costas que aparentemente, cambiarían la flecha lanzada, pero tampoco lo logré. No fue así. Al final, las libretas escolares con láminas recortadas sin mucha precisión (esos recortables de otros mares, de otros ojos), me niegan la travesía que no hice. Me sumergí, pero sólo en una sustancia olvido que logra la única permanencia al volver. Siempre, claro, por rutas que nos mortifican y de las que no salimos ilesos nunca sin perder dominio de la sensación sobre ellas. Aguas malas donde quedó el poema con su mancha de salitre, intacto: esa materia gelatinosa donde quedamos abrazados mi padre y yo. Fue mi venganza contra su pérdida, lo sé, sostener ese olvido monstruoso. Entrar por el pisapapel (burbuja de fantasía, ya no hay cristal) donde estaremos volteados para siempre en tono más turbio y hasta ridículo. “Por eso estoy aquí” – grito, sujeta a la profundidad donde me dejó.